

BARRANQUILLA, EN LAS  
LINEAS APRETADAS DE

*En  
Diciembre  
llegan  
las brisas\**  
(Una novela de ciudad)

Miguel Arnulfo Angel

*Docente - investigador  
Universidad Autónoma Metropolitana  
México, D.F.*

\*Ponencia presentada en el primer congreso internacional sobre «Filosofía y Cultura del Caribe»,  
Barranquilla, agosto 2 - 5, 1994.

**Tendré en cuenta en el presente trabajo dos líneas de argumentación:**

**Una en la perspectiva de la relación entre ficción y realidad, otra en la de novela y ciudad. De esta manera buscaré, desde mi lectura, en la novela *En diciembre llegaban las brisas*, escrita por Marvel Moreno y editada por Plaza y Janés en 1987, los elementos que registran comportamientos personificados, mediante los cuales se crean mundos que identifican en su singularidad a una ciudad, en este caso, a la ciudad de Barranquilla.**

La afirmación de Balzac de que «el novelista es el historiador privado de las naciones», vuelve a ser pertinente. De la misma manera parafraseando a Kundera en sus referencias a la novela como género de la modernidad, ésta es la que permite dar cuenta de todos esos terrenos de lo humano que pese a la pretensión de la razón quedan por fuera de su intento hegemónico y que son en los que florece la complejidad del mundo novelado. Sin embargo la singularidad de la novela a tratar radica en que la considero altamente representativa de lo que llamaré «literatura de la ciudad», propensa a homologarse con lo que comúnmente se denomina literatura urbana. Tal distinción me permite darles alcance a los registros hechos en la novela de Moreno, lo mismo que sopesar la relación que éstos guardan con las distintas dimensiones de lo simbólico que en conjunto dan cuenta, de manera significativa, de la cotidianidad, modos de vida, costumbres e incluso de la etnología y redes valorativas propias del mundo vivido por la ciudad, en tanto realidad identificadora de una historia y de una cultura.

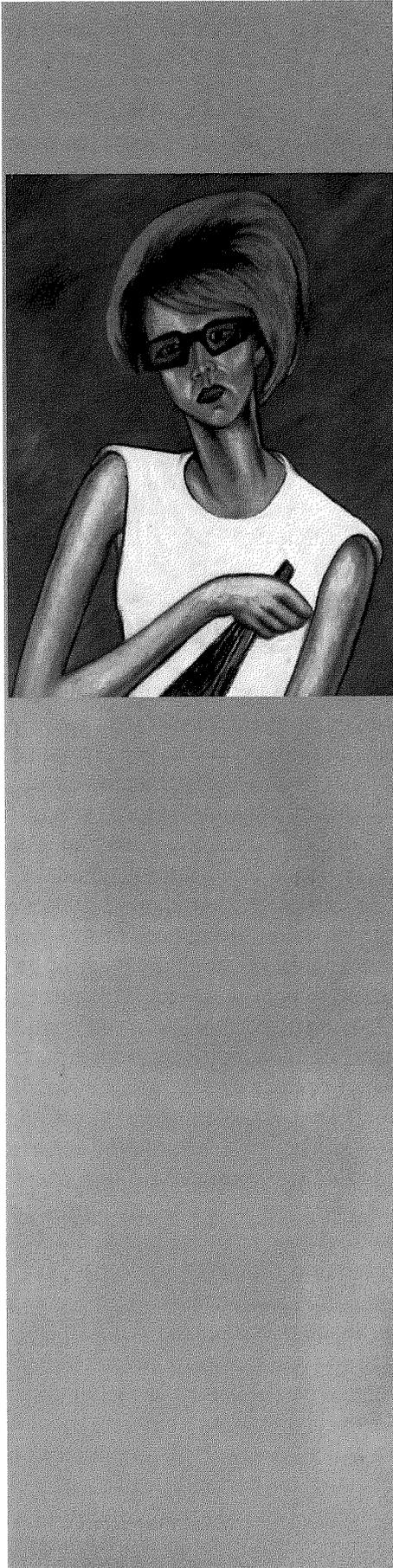
A su vez, Barranquilla por su historia y ubicación aparece en el contexto de las ciudades colombianas como una ciudad especial. Ocupa, con un millón cien mil habitantes, el cuarto lugar entre las ciudades industrializadas del país y el primero entre las ciudades de la Costa Atlántica, con una aureola de desarrollo veloz que la ha hecho acreedora al calificativo

de «puerta de oro de Colombia». Su localización en la desembocadura del río Magdalena, la arteria más importante del país, en el Atlántico, la convierte simultáneamente en puerto fluvial y marítimo, única entre las ciudades de la Costa Atlántica. Dos ciudades del s. XVI la flanquean, al oriente Santa Marta, primera ciudad fundada por España en 1525 en el territorio de la antigua Nueva Granada y al occidente, Cartagena de Indias, fundada en 1533, «la llave del Reino», como la denominó Felipe IV, por su gran importancia en el Nuevo Mundo. De esta manera, Barranquilla cualifica con su desarrollo la cadena de ciudades que se extienden en la vasta cuenca del gran Caribe y que en la historia particular de la urbanización del Caribe colombiano, contribuye con sus logros a la demostración del significado alcanzado por las ciudades en la transformación de la naturaleza, en ocasiones inhóspita como lo atestigua la antigua leyenda de la próspera Santa María la Antigua del Darién, devorada por la selva. Barranquilla, que data de 1629 y sólo hasta 1813 es reconocida como villa, ha acumulado vertiginosamente a lo largo del presente siglo, a cuyo desarrollo urbano está asociada la memoria de Karl Parrish, una experiencia en todos los campos del quehacer humano y atraído inmigrantes de distintas partes del mundo, por lo que no sólo ha experimentado las estridencias de la urbanización e industrialización, sino también creado un mundo de ficción, con una narrativa capaz de

dar cuenta con suficiencia de la urdimbre de las pasiones humanas, en un horizonte de universalidad.

### La ciudad asociada a un principio de femineidad

La distinción entre la ciudad y la urbe permite tener en cuenta dos niveles de la misma realidad en los que el primero subsume al segundo, mientras que el segundo tiende históricamente a oponerse al primero. Desde los antiguos, la ciudad, sea «la civitas», en el caso latino, sea «la polis», en el griego, estuvo asociada a una referencia mayor. Ya fuere en la modalidad de un mito fundacional o de un principio totalizador, la ciudad es definidora de identidades, tipos de participación, de modos de vida garantantes para los habitantes, de un reconocimiento desde fuera y entre sí. Es en torno a la cual se crean gentilicios y nominaciones con cumplimientos de escalas de valores y modos de ser. El habitante de la ciudad antigua se distingue del bárbaro y del esclavo en cuanto copartícipe de una comunión de creencias y de ritos propios de un modo de vivir. De esta manera el sentido del término ciudad hace alusión a una forma de estar y a una forma de pertenencia espiritual en la que sus habitantes definen su convivencia, en consonancia con el ethos de una civilización. El mundo moderno volvió a tener en cuenta estos logros y en particular hizo suyo el concepto de ciudadano, precisamente como el habitante de la ciudad,



quien en virtud de la fórmula de derechos y deberes, comparte una convivencia civilizada a la luz del estado de derecho y de la democracia, opuestos al estado de naturaleza.

La urbe, definida por los latinos, sólo hace referencia a la materialidad del asentamiento poblado, de tal manera que un asentamiento por sí mismo no es por ese hecho ciudad, sino que tiene que llegar a constituirse en un modo de vida normado y en generador de una cultura en la que sus habitantes se puedan reconocer. Hoy esta relación tiende a ser problemática, sobre todo cuando se aprecia el deterioro y la pérdida creciente de calidad de vida en las ciudades, propensas a ser devoradas por las urbes. En las megalópolis contemporáneas, que ya no son ciudades, parece darse una regresión a estadios muy primitivos de relaciones en los que la convivencia es cada vez más azarosa.

Es precisamente la ciudad la que guarda relación con el mito y con los distintos tipos de asociaciones simbólicas. Entre éstas, la relacionada con el principio femenino (hay que recordar que la ciudad gramaticalmente es de género femenino), sugiere verla en correspondencia con la madre en el doble aspecto de protectora y límite. De la misma manera que la madre tiene a sus hijos, la ciudad contiene a sus habitantes, y si en la visión apocalíptica, Babilonia la Grande es madre de las prostitutas y de las abominaciones de la tierra, Jerusalén, la Santa, lo es de un derrotado de vida espiritual y recompensa ultraterrena.

*En diciembre llegaban las brisas* trata de una saga de clase, si se puede hablar así, en la que mujeres de la clase pudiente protagonizan en su cotidianidad, un entreveramiento de historias que convierten, a su vez, a Barranquilla en una referencia inevitable de sus propios destinos, confundidos a la postre con el de la ciu-

dad. Al entrecruzarse épocas y tiempos, se teje un mundo de historias en profundidad, nutridas en anécdotas en las que la sexualidad presagia comportamientos fatales, define fantasías, crea expectativas, moldea conductas y ratifica valores polares: el deseo y la opresión, la libertad y el castigo, el arraigo y el desarraigo, la protección y la huida. Mujer-abuela, mujer-enemiga, mujer-prostituta, mujer-sirvienta, mujer-monja.

Un suceder de escenas surcen el texto en las que son claras las focalizaciones en torno a tres mujeres, exponentes de la generación presente - Dora, Catalina, Beatriz- modelos de destinos paralelos y vidas atestigüadas por su amiga y contemporánea - Lina- que a modo de conciencia colocada en el vértice, es enlace generacional y referencia que permite contrastar el caos de sus existencias. Dora, la mujer sumisa, tonta, pusilánime, con una personalidad excesivamente flexible que termina por convertirla en zombi. Catalina, con su terrible habilidad y ardidés, sortea con mayor audacia la situación en la aplicación del principio femenino: «renegarse al comienzo de la femineidad, para recuperarla, después de combatir y triunfar con los parámetros masculinos» (p. 110) a la vez que tiene en cuenta el cálculo frío para acabar con el marido. Beatriz, indecisa ante las oportunidades de la vida, acosada por todo tipo de crisis, desde la personal hasta la religiosa al modo de las creencias católicas o las de la militancia extremista en el maoísmo. Alrededor de éstas se alinean las demás para ratificar la tensión que permea todas sus vidas. Unas, en función de afirmar una intención intelectual nutriente de la conciencia en la que están presentes intuiciones perspicaces, reflexiones maduras y observaciones agudas, aderezadas por una cultura letrada que puede basarse en la Biblia, Jenofonte, Freud o

Darwin. Otras, para llevar a cabo el deseo hasta sus últimas consecuencias, en una búsqueda insaciable de su libertad, con base en la complicidad que no escamotea la experiencia vivida, sino que la consagra como escuela de aprendizaje y réplica a los patrones establecidos.

De una parte, tres hermanas mayores, exponentes de la generación pasada, ya en la ancianidad, celosas de su abolengo, con la sentencia apodíctica a flor de piel -Jimena, Eloísa e Irene, abuela la primera y tías de Lina, las segundas-, portadoras de esa vocación primera lindante con la sabiduría y la prudencia, rayanas a su vez en el conservadurismo. De otra, Petulia de ascendencia griega, dueña de un carácter aventurero que la conduce a dejar su vida de «señora bien» del Prado, el barrio alto de la ciudad, en ese entonces, para enredarse en el sinuoso trasegar de sus amantes y que «hubiera podido convertirse en mito», o la caleña María Fernanda, entre loca y prostituta, violada a los diez años, contratada, a instancias de Petulia, para seducir al marido de Catalina y la inefable Divina Arriaga, madre de Catalina, de temperamento andrógino, favorecida por una «escalofriante belleza... que ofuscaba como un agravio» (p. 98), al decir de la tía Eloísa. Si éstas irrumpen con su lascivia en el contexto de una ciudad-sociedad opresora, es Divina con todos los privilegios de clase que le permitieron desde niña gozar de una educación exquisita en Europa -en Berlín con Isadora Duncan o si no aprender la cultura clásica en los mismos lugares en que se produjo, como leer a Aristóteles en el Partenón y lo mismo vivir en la frivolidad- quien burló con la máxima audacia la hipocresía imperante hasta convertirse en símbolo del escándalo de Barranquilla.

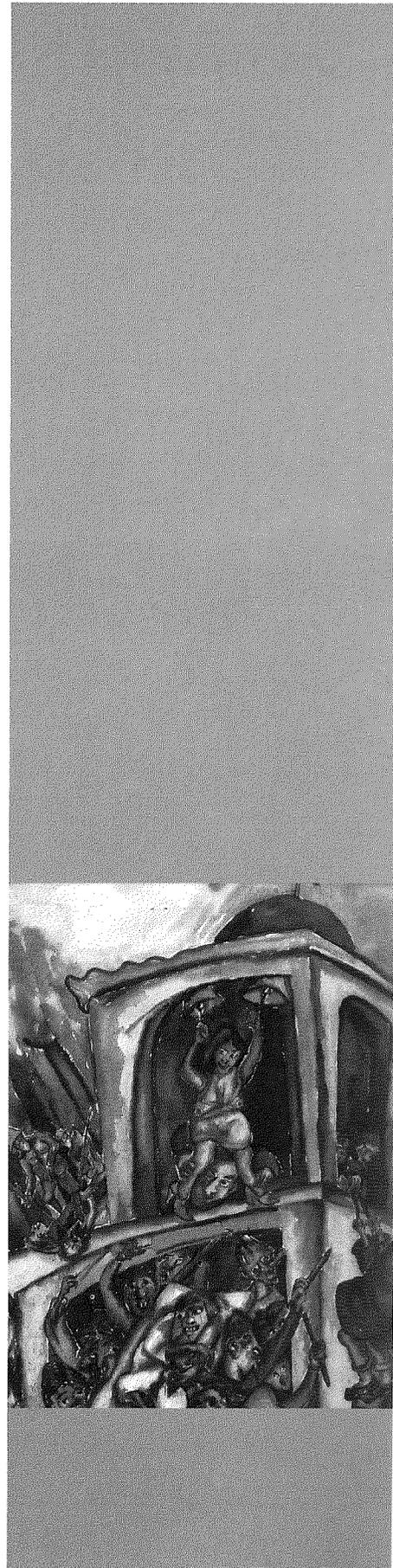
De ahí que sean muchas voces con ecos ampliados por cortes en los que las analépsis y prolepsis, crean un

tiempo histórico que se remonta desde el período de entreguerras al de postguerra, hasta llegar a la década de los setenta.

## Un mundo de simultaneidades y paradojas

Es precisamente en esta simultaneidad que toda ciudad se construye como un mundo de doble signo, pues mientras se la edifica, se conduce inevitablemente al exilio y al vacío interior, que en Barranquilla adquiere el dramatismo de una historia que ha corrido con tal velocidad que no le ha dado tiempo de constituirse definitivamente en ciudad.

Empero, es la libertad que como nodriza de la ciudad moderna ha estado presente desde el inicio de los burgos en occidente, la que también en Barranquilla se convierte en el valor más deseado, pues aún no se instaura definitivamente. De ahí la secuencia de heterotopías, la de mayor relevancia localizada en París, que en la distancia le enrostran a la ciudad su incapacidad de contener a sus hijos. Divina es la Barranquilla que busca ese valor con valentía, rompiendo con las deudas del pasado y en especial con la fatalidad de esa Barranquilla que es Jimena, con la inflexibilidad de esa Barranquilla que es Eloísa, con el laberinto y los enigmas de Irene, como esa Barranquilla infernal en que todos están atrapados. Las tres mujeres jóvenes compañeras del colegio de La Enseñanza y sus tres maridos, simbolizan la Barranquilla presente que se mira a sí misma, como lo hace su cómplice -Lina Insignares- sin saber cómo proceder, un tanto perpleja ante lo que sucede, atónita e indecisa entre las voces del pasado y la complicidad con el drama de sus contemporáneos. Pero al aparecer los otros y en particular el otro





representado en el hombre, la condición femenina se hace más compleja, impulsada a recorrer los dédalos de sus propios vericuetos. Todas están indefectiblemente enfrentadas a los hombres que como «perversos polimorfos», escamotean su terror a la mujer, incapaces, como dice una de ellas, la tía Irene, «de escapar a la ley del padre».

Los hombres socializados en los valores impuestos por madres castradoras, reproducen generacionalmente los mismos comportamientos en una lucha sin fin. Es el caso de Benito Suárez, el marido de Dora, hijo único, avergonzado de su ancestro mulato por vía paterna, pero compensado por vía materna con el ancestro de doña Giovanna Mantini, inmigrante italiana que le aplica su ideología fascista con severidad y crueldad. Lo es el sietemesino, asmático y desagradable Alvaro Espinosa, marido de Catalina, la hija de Divina, quien padece los tratos enfermizos de su madre cartagenera, Cleotilde del Corral, de ascendencia española, racista, con serios problemas sexuales y una devoción mágica a la Virgen, incapaz de ofrecerle afecto. Lo es el impulsivo Javier Freisen de ascendencia francesa, marido de Beatriz, cuya madre Odile Kerouan mezcla con habilidad sus deseos en la relación filial «no sólo a fin de humillar a Gustavo Freisen, el esposo, sino además, y sobre todo, para explorar a través de ellos sus propios deseos reprimidos» (p. 229). Ella había descubierto muy bien la naturaleza de la tríada familiar barranquillera «que a partir de un nivel social, la mujer pone en sordina ciertas exigencias del hombre que queda con la ilusión de conservar el poder y así acceder a todos sus caprichos, a la vez que en la madre y el hijo crecía la complicidad que dejaba al hombre por fuera» (p. 232). Lo que estas madres ignoraban era que sus retoños masculinos, víctimas de sus formas

de socialización, terminaban siendo victimarios de otras mujeres, sus esposas, como en una venganza fatal con el otro sexo. Ellos mismos son seres trágicos: Benito Suárez huye para esconderse en la selva añorando a Dora; Alvaro Espinosa se suicida después de todo lo ocurrido con Catalina, y Javier Freisen termina en un conflicto a muerte con Beatriz.

Como la naturaleza en pugna con la cultura, en una relación compleja y contradictoria, la sexualidad, en la coordenada de esa misma tensión ambivalente, es la manzana de la discordia entre todos. El sexo de cada quien visto y vivido como un problema y la lucha entre sexos, se reproduce a lo largo de generaciones sin que se note algún avance en su resolución. Sólo queda aceptar resignado, refugiarse en la religión o en el silencio, quedarse en el aislamiento o huir para no ser como Beatriz «que vivía su sexualidad como los hombres, entre el miedo del instinto cuya aparición les recordaba la parte aborrecida de su esencia, y el odio irreal ante las simples verdades de la carne» (p. 264). El calor, la humedad, el sol tropical de Barranquilla, agrietada y carcomida por el comején, como si fuera víctima de su propia naturaleza (p. 220) y con una cultura de parodia, ponen en evidencia esa contradicción. No obstante, fue escogida por Divina para que su hija Catalina viniera de Europa a vivir. En la voz de la conciencia de una de esas tías, persistía el gran entredicho de occidente que pese a sus notables aportes culturales a la humanidad, no había podido sofocar los instintos y a la vez que construía y hacía la cultura, destruía la naturaleza. Nada menos que en la tierra de Kant, de Goethe, de Hegel, de Beethoven había ocurrido uno de los desastres más abominables de autodestrucción de la propia humanidad. Se trata de la gran paradoja de la relación entre cultura y naturaleza,

que en Barranquilla ocurre a su manera, pues aquí, curiosamente sería el ardor y la ferocidad de la naturaleza la que estaría sofocando a la exquitez de la cultura o al menos dando lugar a una síntesis propia.

En la intrincada red de relaciones, generalmente triádicas entre mujeres o de parejas con el otro sexo, la mirada es fundamental: Lina-Dora-Catalina. Jimena-Eloísa-Lina. Catalina-Divina-Pura. Petulia-Catalina-María Fernanda. Lina-Catalina-Angélica. Irene-Beatriz-Lina o Dora-Benito, Catalina-Alvaro, Beatriz-Javier. En la ciudad, al decir de Benjamín, la vista se impone sobre los otros sentidos. Cada uno ve a los otros y todos son vistos a su vez por cada uno, sin que el otro sepa cómo está siendo visto. La mirada es el vehículo de sutiles redes imaginarias que complejizan el mundo simbólico de la ciudad. Dora, quien continúa el destino de su madre Eulalia Alvarez, maltratada por su esposo y que le comenta con frecuencia su percepción de los hombres en términos soeces «comparando su esperma al excremento y su sexo al inmundo falo de los burros» (p. 18), es vista por Benito como «una muñeca de plástico que llora si se le aprieta o cierra los ojos si se le acuesta» (p. 56).

Esta red está contenida en y por la ciudad, constituida como un cúmulo de contradicciones vividas como paradojas que forman el mundo barranquillero en el que lo mismo se puede ser a la vez inculto e informado de la alta cultura, celoso de las tradiciones católicas y tremendamente profano, racista y proclive al mito sexual del negro, provinciano y cosmopolita, o compartir los valores de una cultura exageradamente sexuada y ser a la vez represor de la sexualidad, inquisidor y permisivo. Las mujeres pueden ser dominantes y dependientes y los hombres machistas y eternamente pensando en vivir de la mujer, y en

todos los casos condenados a que lo que en un momento es gozo, en el otro puede ser vergüenza y desgracia. La tendencia hacia el encierro en el que una parte se oculta, encubierta por la apariencia social, tiene su justificación en el estatuto que ésta adquiere de verdadera realidad. Incluso los profesionales como el médico, el psiquiatra, el sacerdote están dispuestos a poner su profesión al servicio cómplice de las turbulencias de ese mundo subterráneo, de controles y chismes, de censura y descalificación, de conveniencias y secretos, de sexualidad y poder. En este sutil movimiento es como la ciudad inicialmente género, se diluye para ir apareciendo la ciudad especie. Pues ya no es el principio femenino el predominante, sino el hombre en tanto especie con todo el cúmulo de sus pasiones en las que se debate como en su propio laberinto.

### En el espacio la ciudad define su simbolismo

El mundo de cada quien hasta ahora fragmentado por visiones parciales de cada personaje y a la vez simultáneo, se vuelve homogéneo en la medida en que se afina el mundo simbólico que permite a las individualidades adquirir identidad y definir significativamente su propia interacción. El mundo de paradojas vivido en Barranquilla padece la tensión entre una espacialidad reducida y el deseo de libertad, entre un adentro y un afuera, fundamento de heterotopías significativas en la resolución de la tensión, que van de los espacios-escenarios inmediatos a la acción, a los más lejanos, hasta traspasar los límites de la ciudad y el país. Sin embargo los espacios urbanos, sólo son significativos en la medida en que los subsume el simbolismo de la ciudad. Con una ausencia evidente de espacios públicos -sólo hay escasas referen-



cias a una calle, la calle 72, reconocida por su importancia comercial- la secuencia espaciala tiene más bien la impronta del espacio privado, casi con un sentido de territorialidad de clase. De la casa suntuosa, con el complemento del colegio donde se continúa el itinerario socializador, a lugares retirados de la ciudad y de ésta a otras ciudades, unas como referencia valorativas en el mismo país y otras en el extranjero, de manera especial en Europa. El barrio alto de El Prado, los colegios de La Enseñanza para mujeres, el Biffi para hombres, el Country Club, Puerto Colombia, Cartagena, Bogotá, Medellín, Cali, Miami, París, en conjunto ratifican, por oposición, el mundo identificador de Barranquilla.

Como derivación de las escasas referencias a lo público, el centro simbólico que en la ciudad latinoamericana es casi sagrado, no aparece claramente. En caso en que fuera la plaza de San Nicolás, la falta de vitalidad hace que este espacio se diluya en un tiempo remoto, perdido en añoranzas idílicas «cuando los patios de las casas se comunicaban a través de puertas siempre abiertas con las cuales los niños iban y venían decidiendo a su antojo donde jugar» (p. 144). Ante esa ausencia de centro, la clase pudiente ha hecho del Country Club su templo donde se cumple a cabalidad el rito de clase y se oficia el sacrificio de su membrecía. Ser expulsado del club -como le ocurrió a Divina Arriaga- es equivalente al supremo castigo. «En una ciudad -dice la narradora- donde pertenecer al Club es signo por excelencia de distinción y que podía compararse a la degradación de un militar o a la anatematización de un cura a quien se le prohíbe celebrar misa» (p. 109). Sin embargo es allí donde está latente el amago de la catarsis, y de repente el deseo se impone sobre los vínculos conyugales al amparo del disfraz y lo

carnavalesco. El mundo de paradojas no soporta más y una celebración de tanto interés social como el reinado, es la ocasión para que se dé el estallido. Pese a los requisitos de belleza cumplidos suficientemente por Catalina, hija de Divina, quien apoyada por el Diario del Caribe asiste a la fiesta en que también está su contendora Rosario Gómez, apoyada por El Heraldo, la intolerancia aflora vehementemente. El abucheo e intento de linchamiento a Catalina, y finalmente su expulsión violenta del Club, como le había sucedido a su madre, es el costo de la irreverencia y el empecinamiento en su propia libertad por encima de los códigos de la ciudad.

En las afueras de Barranquilla está Puerto Colombia, como lo registra la historia nacional. En efecto, desde 1888 con el auge de la economía agroexportadora, el antiguo puerto Cupino se transforma en el puerto más importante del país. La construcción del malecón metálico de cuatro mil pies de longitud, dirigida por el ingeniero cubano Francisco Antonio Cisneros, que había venido a reclutar simpatizantes para la causa de Martí, transforma radicalmente la situación. Cinco años después, el 15 de junio de 1893, el nombre del país es tomado para identificarlo, al haber ampliado su capacidad para recibir, simultáneamente, cinco barcos de gran calado. El tableteo de las locomotoras, el ronquido de los barcos y el bramido del mar se confunden en un inusitado movimiento comercial que unió de repente a Barranquilla y al país con mundos desconocidos y lejanos. La actividad turística con sus hoteles y casas de recreo, se sumaron a este cambio sin precedentes y, precisamente, es en uno de esos lugares donde actúan los personajes de la novela que huyen de Barranquilla para dar rienda suelta a sus deseos reprimidos, de cara al mar y de espaldas a la ciudad. Alguna vez la púdica



Dora y Andrés Larosca se gozaron aquí mientras su grito de gaviota herida era visto subrepticamente por Lina y Catalina. Divina Arriaga repudiada en el club, encontró aquí el lugar cómplice de sus vivencias más profundas. Este lugar históricamente asociado a lo nuevo, es el escogido por los personajes para dar lugar a su deseo y poder vivir la libertad que Barranquilla aún no les ofrece, y «donde cada quien tenía la impresión de escapar de la ciudad y según sus antojos se aventuraba el laberinto de su yo desconocido» (p. 107). Bogotá, la capital, es adonde los hombres van a prepararse en las universidades; Miami de donde traen los regalos novedosos y se da rienda suelta a la frivolidad; París, portadora para occidente de la aureola de la cultura, es desde donde los personajes ven con nitidez el mundo azaroso de Barranquilla y sin que a pesar de la calidad de vida que esta ciudad les ofrece, puedan acabar con la huella de la ciudad tropical, incrustada por siempre en el recuerdo como en la sentencia cavaiana «llevarás por doquier a cuestras tu ciudad».

Barranquilla, «el gran caimán tirado junto al río», metaforeada así por el personaje omnisciente, padece, como toda ciudad, la herencia de Caín, el fundador de la primera ciudad, después de haber matado al hermano. Aquí también mientras se la habita se experimenta el exilio, más dramático en este caso, cuando por la premura del siglo XX, Barranquilla ha tenido que secularizarse sin nunca haber sido sacra, constituirse contra el tiempo sin haber contado con un mito fundacional, y abrir sus puertas a inmigrantes -chinos, libaneses, jordanos, israelíes, alemanes, italianos, españoles, alemanes-, sin haber superado su provincianismo.

La torre del italiano, construida en El Prado «donde la lógica formal no tenía cabida» (p. 227), es la gran metá-

fora de los sueños y de las fantasías tan presentes en toda la novela. Habitada de objetos y personajes fantásticos, frecuentada a diario por la tía Irene y a la que Lina tuvo acceso, remite a ese mundo secreto de pasillos sinuosos y repetitivos que evoca el gran laberinto mítico cretense. Lo particular es que ya no hay un Minotauro, sino que como ocurre en la ciudad contemporánea y por supuesto en Barranquilla, en la medida en que recorre sus propios pasillos en la construcción de su ciudad interior, al buscar su propia individualidad, se enfrenta indefectiblemente a su propio Minotauro, generalmente sin saberlo. La clase pudiente, como sujeto histórico, reconocida por su sentido empresarial, comprometida en el auge de Barranquilla a lo largo de este siglo -la navegación marítima, fluvial, aérea, esta última pionera en el continente latinoamericano, a la vez que la profesionalización del comercio, la industria, la banca-, es objeto de crítica que se vuelve alabanza. El enfrentamiento de los personajes a una identidad postiza y autosuficiente es el prelude de un avance notable, insinuado en la novela sin ambages. Cada situación vivida hasta el fondo, encuentra, sin embargo la alternativa para la constitución de sujetos capaces de pronunciar su palabra, al romper ataduras y llegar a constituirse en individuos enriquecidos con el descubrimiento de sus propias referencias ampliadas con las de otras culturas de otros continentes que también forman parte de la vida de Barranquilla.

Los universos axiológicos descritos por los personajes en su recorrido con el sabor de esta ciudad del Caribe moderno, no sólo han universalizado la literatura, sino permitido saber más de esta ciudad. Así como por Zolá, Dickens, Doblin, Dospassos, Fuentes, Marechal o Cabrera Infante sabemos más de París, Londres, Berlín

y Nueva York, México, Buenos Aires y La Habana, respectivamente, ahora sabemos más de Barranquilla por Marvel Moreno, porque como dice Humberto Eco «es más fácil creer en las verdades novelescas que en las de la vida real». Sin duda esta novela aporta en general a la metafísica de la ciudad y en particular al conocimiento e idiosincrasia de Barranquilla, tan necesario al científico como al político, al técnico como al administrador, no obstante referirse a la situación de una sola clase social.

#### BIBLIOGRAFIA

DE COULANGE, Foustel. *La ciudad antigua*. Trad. José Manuel Villalaz, México: Porrúa, 1978.

GUZMAN, Angela et al. *Ciudad colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1989.

KUNDERA, Milan. *El arte de la novela*. Trad. Fernando de Valenzuela y María Victoria Villaverde. México: Vuelta, 1988.

MORENO, Marvel. *En diciembre llegaban las brisas*. Barcelona: Plaza y Janés, 1987.

PINEDA, Alvaro y RAYMOND, Williams (comp.) *Deficciones y realidades, perspectivas sobre literatura e historia colombiana*. Bogotá: Tercer Mundo, 1989.

